

# XXV domingo de Tiempo Ordinario

---

- **Is 55, 6-9.** Mis planes no son vuestros planes.
- **Sal 144. R.** Cerca está el Señor de los que lo invocan.
- **Flp 1, 20c-24. 27a.** Para mí la vida es Cristo.
- **Mt 20, 1-16.** ¿Vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?

## 1. ¿Qué dice la Palabra?

Iniciamos este domingo la escucha de una serie de parábolas que recoge el evangelista Mateo y que tienen como elemento común el trabajo en la viña.

Aun cuando la cultura urbana nos invade cada vez más y hay que explicar a las nuevas generaciones que el vino no se elabora en una fábrica como los refrescos, sino que procede del trabajo en el campo, no nos resulta extraño ni ajeno el lenguaje que usa Jesús en esta parábola.

La situación que señala Jesús provoca, por otra parte, sentimientos encontrados. Sabemos que trabajar en la viña es colaborar con Jesús en el Reino de Dios y que no hay mayor gozo que, en algún momento de nuestra vida, haber sido llamados a la misión, cada uno desde nuestro estado de vida y nuestro rincón de la Iglesia. Pero al mismo tiempo parece que la dureza del trabajo en el campo no parece satisfacer a los jornaleros, cuyo único consuelo es recibir al final de la jornada el denario pactado.

Asimismo, nos parece justo que cada uno reciba según su trabajo y por tanto quien trabaja más que reciba más y quien trabaja menos reciba menos... Pero, ¿qué ocurre cuando el salario que se recibe es el cielo? ¿hay unos cielos más grandes que otros, o una eternidad más larga que otra, o una salvación más salvífica que otra? Quizá nuestro problema sigue siendo creer que el cielo nos lo ganamos nosotros con nuestro esfuerzo y nuestro trabajo y olvidamos que la salvación —siempre más grande que nuestros méritos— nos viene gratuitamente el amor misericordioso de Dios.

Una vez más nos encontramos con ese sutil retrato de nuestra condición humana: los empleados tratan de dar lecciones de justicia al dueño de la viña. Los discípulos tratan de enseñar al maestro. Las criaturas tratan —o tratamos— de enseñar al Creador a hacer su obra. Los que necesitan ser salvados, tratan —o tratamos— de enseñar al Señor cómo nos debe salvar.

Creemos en el Dios de las segundas oportunidades, en el Dios que no se cansa de invitarnos a trabajar en su viña aunque estemos en el atardecer de nuestra existencia, en el Señor que nos ofrece el denario de la eternidad lleguemos a la hora que lleguemos a la Viña del Reino.

¡Qué alegría de poder compartir con Jesús el trabajo de la Viña!, ¡qué gozo saber que la recompensa —siempre inmerecida— es el cielo!, ¡qué hermosura que el Dios de las últimas oportunidades siempre está dispuesto a contratarnos para compartir con Él la obra de la creación!

## 2. ¿Qué nos dice Dios en la Palabra?

El dueño de la viña sigue invitando: “Id también vosotros a mi viña”. Es una ocasión que no hay que perder. Cualquier hora es buena con tal de que sea la hora de tu “sí”. “Los últimos serán los primeros...”.

Dios no se adapta, no lo podemos domesticar, ni meter en nuestras disposiciones y cálculos...; menos en nuestras conclusiones. Cuando nos sabemos llamados hemos de desembarazarnos de nuestras contabilidades, de nuestros juicios y criterios...

Dios da un “vuelco” a nuestros planes. La llamada es gracia y la recompensa don. Todo depende de su generosidad, de su gratuidad, no del cálculo puntilloso de nuestras cavilaciones. La alegría de Dios es poder dar sin medida.

La parábola alcanza a aquellos que en la Iglesia viven más de los méritos que de la fidelidad y la alegría en el “trabajo” presente: Lo que cuenta es lo que hoy eres, la respuesta que estás dando, el amor con que te afanas y la alegría de saber que trabajas en la viña del amor

- ¿En qué modifica la parábola tu forma de pensar?
- ¿Se está abriendo camino la gratuidad en tu vida?
- ¿Qué acciones y opiniones de tu vida están en cambio?
- ¿Qué actitudes deberías cambiar?
- ¿Necesita tu vida práctica una nueva estrategia?
- ¿Qué acciones concretas de tu vida están motivadas sólo por la gratuidad?
- ¿Qué es lo que más te alegra?
- ¿Piensas mucho en el futuro?

## 3. ¿Qué le decimos a Dios?

**Hora de la tarde, fin de las labores.**

**Amo de las viñas, paga los trabajos de tus viñadores.**

Al romper el día nos apalabraste.

Cuidamos tu viña del alba a la tarde.

Ahora que nos pagas, nos lo das de balde,

que a jornal de gloria no hay trabajo grande.

**Hora de la tarde, fin de las labores.**

**Amo de las viñas, paga los trabajos de tus viñadores.**

Das al vespertino lo que al mañanero.

Son tuyas las horas y tuyo el viñado.

A lo que sembramos dale crecimiento.

Eres Tú la viña, cuida los sarmientos.

**Hora de la tarde, fin de las labores.**

**Amo de las viñas, paga los trabajos  
de tus viñadores, de tus viñadores.**

Podéis oír esta canción en Youtube:

<https://www.youtube.com/watch?v=menqGXf92Ss>

#### 4. La voz del Papa

Ángelus 20/9/2020

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

La página del Evangelio de hoy (cfr. Mt 20,1-16) narra la parábola de los trabajadores llamados a jornal por el dueño de una viña. A través de esta historia, Jesús nos muestra el sorprendente modo de actuar de Dios, representado en dos actitudes del dueño: la llamada y la recompensa.

En primer lugar, la llamada. El dueño de la viña sale en cinco ocasiones a la plaza y llama a trabajar para él: a las seis, a las nueve, a las doce, a las tres y a las cinco de la tarde. Es conmovedora la imagen de este dueño que sale varias veces a la plaza a buscar trabajadores para su viña. Ese dueño representa a Dios, que llama a todos y llama siempre, a cualquier hora. Dios actúa así también hoy: nos sigue llamando a cada uno, a cualquier hora, para invitarnos a trabajar en su Reino. Este es el estilo de Dios, que hemos de aceptar e imitar. Él no está encerrado en su mundo, sino que “sale”: Dios siempre está en salida, buscándonos; no está encerrado. Dios sale, sale continuamente a la búsqueda de las personas, porque quiere que nadie quede excluido de su plan de amor.

También nuestras comunidades están llamadas a salir de los varios tipos de “fronteras”, que pueden existir, para ofrecer a todos la palabra de salvación que Jesús vino a traer. Se trata de abrirse a horizontes de vida que ofrezcan esperanza a cuantos viven en las periferias existenciales y aún no han experimentado, o han perdido, la fuerza y la luz del encuentro con Cristo. La Iglesia debe ser como Dios: siempre en salida; y cuando la Iglesia no sale, se pone enferma de tantos males que tenemos en la Iglesia. ¿Por qué estas enfermedades en la Iglesia? Porque no sale. Es cierto que cuando uno sale existe el peligro de que tenga un accidente. Pero es mejor una Iglesia accidentada por salir, por anunciar el Evangelio, que una Iglesia enferma por estar encerrada. Dios sale siempre, porque es Padre, porque ama. La Iglesia debe hacer lo mismo: siempre en salida.

La segunda actitud del dueño, que representa la de Dios, es su modo de recompensar a los trabajadores: ¿cómo paga Dios? El dueño se pone de acuerdo con los primeros obreros, contratados por la mañana, para pagarles «un denario» (v. 2). En cambio, a los que llegan a continuación les dice: «Os daré lo que sea justo» (v. 4). Al final de la jornada, el dueño de la viña ordena que a todos les sea dada la misma paga, es decir, un denario. Quienes han trabajado desde la mañana temprano se indignan y se quejan del dueño, pero él insiste: quiere dar el máximo de la recompensa a todos, incluso a quienes llegaron los últimos (vv. 8-15). Dios siempre paga el máximo. No se queda a mitad del pago. Paga todo. Y aquí se comprende que Jesús no está hablando del trabajo y del salario justo, que es otro problema, sino del Reino de Dios y de la bondad del Padre celestial que sale continuamente a invitar y paga el máximo salario a todos.

De hecho, Dios se comporta así: no mira el tiempo y los resultados, sino la disponibilidad, mira la generosidad con la que nos ponemos a su servicio. Su actuar es más que justo, en el sentido de que va más allá de la justicia y se manifiesta en la Gracia. Todo es Gracia. Nuestra salvación es Gracia. Nuestra santidad es Gracia. Donándonos la Gracia, Él nos da más de lo que merecemos. Y entonces, quien razona con la lógica humana, la de los méritos adquiridos con la propia habilidad, pasa de ser el primero a ser el último. “Pero yo he trabajado mucho, he hecho mucho en la Iglesia, he ayudado tanto, ¿y me pagan lo mismo que a este que ha llegado el último?”. Recordemos quién fue el primer santo canonizado en la Iglesia: el Buen Ladrón. “Robó” el Cielo en el último momento de su vida. Esto es Gracia, así es Dios, también con todos nosotros. El que piensa en sus propios méritos, fracasa; quien

se confía con humildad a la misericordia del Padre, pasa de último —como el Buen Ladrón— a primero (cfr. v. 16).

Que María Santísima nos ayude a sentir todos los días la alegría y el estupor de ser llamados por Dios a trabajar para Él en su campo, que es el mundo, en su viña, que es la Iglesia. Y de tener como única recompensa su amor, la amistad de Jesús.